

Nada pequeño

Carmen Amoraga



Si son mujeres y me están leyendo con la **Turia** todavía calentita, permítanme que las felicite, porque hoy es nuestro día. Y si son ustedes hombres, pues les felicito también porque su vida sería totalmente distinta si las mujeres no nos hubiéramos empeñado en conquistar todas las parcelas que nos estaban vedadas. Los derechos logrados por la mujer (votar, trabajar, poder comprar una lavadora a plazos sin permiso de un hombre, ser libre, en fin) no solo nos benefician a nosotras sino que hacen más justa y más digna a la sociedad en general.

Así que, hoy, se ponga como se ponga Rajoy y sus ministr@s, por mucho que quieran recortar en derechos ya conquistados, por más que les duela a ell@s, que son tan majos y tan paternalistas, es un día para celebrar. Pero no solo para eso: también para recordar lo que tanto costó conseguir y tan fácilmente se puede perder. Al menos, aquí. En este país en el que, a pesar de todo, las mujeres aún somos unas privilegiadas. Hay lugares mucho peores que este para no ser un hombre. En la India, por ejemplo, donde la vida de una mujer no vale nada.

O en Haití, donde tres años después del terremoto que dejó más de trescientos mil muertos, otros tantos heridos y más de un millón y medio de personas sin hogar.

Muchas de esas personas sin casa, sin salud y sin familia, son mujeres y niñas que viven amontonadas en campos de refugiados y centros de acogida y que, por ser el eslabón más débil de la cadena, sufren

agresiones y violaciones que ya ni salen en los medios de comunicación. Por eso, en Haití, los casos de sida en niñas y adolescentes (sí, en niñas y adolescentes) se han incrementado en un cincuenta por cien.

Pero no piensen que no se puede hacer nada. Se puede. Como dice ese proverbio africano: mucha gente pequeña haciendo cosas pequeñas en lugares pequeños puede cambiar el mundo. Imaginen qué pasaría si lo que se hace no es pequeño sino grande.

Porque grande es lo que, desde aquí, ha hecho una mujer. María Alcantud, profesora de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universitat de València, se ha puesto manos a la obra par mejorar la vida de estas niñas olvidadas ya por el mundo, acostumbrado a mirar hacia otro lado en general y hacia el propio ombligo en particular. Y lo ha hecho con algo que no es pequeño sino grande: con la literatura. María Alcantud y un grupo de sus alumnos ha escrito la colección Cuentos del Mundo, seis volúmenes con cuarenta relatos en inglés y castellano para todas las edades, bellos hasta decir basta, cuyos beneficios se destinan a las niñas de Léogâne a través de la ONG Voces. Los cuentos se compran por internet (<http://www.dualbooks.es/proyecto-solidario-voces/>) para que el dinero no se pierda en los recovecos de los intermediarios.

Yo los he comprado. Los he leído. Los he disfrutado doblemente, como lectora, y como mujer que ayuda a que otras mujeres tengan una vida mejor. Y les recomiendo a ustedes que hagan lo mismo. Porque no estarán haciendo nada que sea pequeño.